

Experimentos historiográficos postmodernos (2): Contribuciones de la historiografía postmoderna a la práctica historiográfica

Aitor Bolaños de Miguel
UNIR

RESUMEN

La historiografía postmoderna ha calado en la cultura española de varias maneras. En primer lugar, a través de la traducción al castellano de la obra de Hayden White, Keith Jenkins o Frank Ankersmit, por ejemplo. En segundo lugar, a través de la difusión de sus teorías en congresos, revistas, libros de conjunto y algunas monografías y tesis. En tercer lugar, a través de la divulgación de algunas de sus prácticas. Sin embargo, en la historiografía académica, la recepción de sus posiciones teórico-prácticas ha sido relativamente apática y superficial. En este artículo voy a intentar analizar cuáles serían las principales propuestas de la historiografía postmoderna, a la luz de algunos de sus experimentos historiográficos, con el objetivo de intentar enriquecer su recepción en España.

PALABRAS CLAVE: : Historiografía; Postmodernidad; Experimentos historiográficos postmodernos; Hayden White; Ideología.

ABSTRACT

Postmodern historiographical experiments (2): Contributions of postmodern historiography to historiographical practice

Postmodern historiography has permeated Spanish culture in several ways. First, through the spanish translation of the work of Hayden White, Keith Jenkins and Frank Ankersmit, for instance. Second, through the dissemination of their theories in conferences, journals, books and some monographs and dissertations. Third, through the spread of some of their practices. However, in academic historiography, the reception of their theoretical and practical positions has been relatively apathetic and superficial. In this text, I will try to analyze what were the main proposals of postmodern historiography, in the light of postmodern historiographical experiments, with the goal of improving its reception in Spain.

KEYWORDS: *Historiography; Postmodernity; Postmodern Historiographical Experiments; Hayden White; Ideology.*

Introducción

Desde la traducción al castellano de la obra de Hayden White (*Metahistoria* y *El contenido de la forma*), Keith Jenkins (*Repensar la historia* y *¿Por qué la historia?*) y Frank Ankersmit (*Historia y Topología*), el movimiento historiográfico postmoderno ha to-

mado carta de naturaleza en el ámbito académico español. Pero esto no significa que haya sido recibido y valorado en sus justos términos. Al contrario, salvo contadas excepciones, las diferentes posturas y obras de la historiografía postmoderna han tenido un reconocimiento relativamente frío y distante. En este texto voy a intentar explicar

algunas de las razones por las cuales podría explicarse este recibimiento. Para ello, voy a intentar señalar algunos aspectos básicos de las propuestas de la historiografía postmoderna. Pero lo voy a intentar hacer a la luz de algunas de sus prácticas.

Como escribe Robert Berkhofer, “the chief dilemma of postmodernist theorizing for the historian in my opinion is how to do history when all is ‘nothing but history’” (Berkhofer, 1988, p. 366). Por ello no faltan quienes afirman que podemos complementar las formas académicas y tradicionales de la historiografía y darle una oportunidad a las nuevas formas historiográficas postmodernas (inspiradas en lo que Hayden White ha llamado “*postmodernist parahistorical representations*”): materializadas en distintas formas híbridas que oscilan entre el documental y el drama, entre la investigación historiográfica y la representación literaria, entre la información y el espectáculo, entre el respeto por los hechos y la invención creativa (White, 1999, p. 67).

En *Doing History*, Mark Donnelly y Claire Norton afirman que aprender historia no es solamente desarrollar unas habilidades para escribir de la mejor y más exacta forma posible sobre acontecimientos importantes del pasado sino que, de hecho, aprender historia supone plantearse una serie de cuestiones sobre la naturaleza y las funciones de la historiografía. En concreto, en algunas universidades, forma parte del currículo el reflexionar sobre: ¿qué es la historia?, ¿quién la escribe?, ¿para quién?, ¿con qué fines u objetivos? Sin embargo, los autores nos avisan de que, en muchos casos, las universidades suelen ofrecer una suerte de teoría histórica autoindulgente y autojustificatoria, que pasa de puntillas sobre las cuestiones más espinosas y conflictivas de su oficio, y termina por aceptar acríticamente lo que Raimundo Cuesta ha denominado el código disciplinar de la profesión (Donnelly y Norton, 2011, pp. XI y XII; Cuesta, 2013, p. 8).

Una de las premisas básicas que muchos historiadores reconocen en teoría pero ocultan en la práctica es que las historias se

pueden contar desde varios puntos de vista. Y, de hecho, las propias historias cambian si cambian los puntos de vista. Esto no quiere decir que no haya una realidad fáctica ahí fuera, al margen de los relatos que creamos para representarla. Y tampoco quiere decir que no podamos acceder a dicha realidad de alguna manera, a través del estudio de las fuentes, los restos materiales y los testimonios disponibles. Esto significa que, al margen del punto de vista desde el que contamos una historia, no existe ningún relato y que elegir un punto de vista es la condición *ab initio* de nuestra capacidad para contar historias. Especialmente para el caso de nuestras historias sobre el pasado. En relación con los puntos de vista, conviene dedicar unas páginas al análisis del papel de la ideología y del poder en nuestras representaciones del pasado. Para ello, voy a estudiar un libro de Dipesh Chakrabarty en el siguiente capítulo. Dejo para el último apartado una exposición resumida de algunas de las principales características de las prácticas historiográficas postmodernas, a la luz de una nutrida selección de sus obras, que mencionaré oportunamente (vid. Bolaños, 2010).

La ideología y el poder en los experimentos historiográficos postmodernos

La historiografía postmoderna ha proporcionado los elementos básicos para comprender el carácter interpretativo y representativo (es decir, *sustitutivo*¹) de la historia. Según la opinión postmoderna, la historia no es un discurso *verídico* sobre el pasado, no *se corresponde* con una realidad externa a él que pueda ser observada, lo que redundaría en una relajación de su potencial explicativo y, por ende, conformador de verdades e identidades únicas e inamovibles. Para la postmodernidad, lo fundamental es acabar con el poder que deriva del discurso histórico entendido como la verdad *del* pasado. Ya no hay, por tanto, una verdad, sino *varias*. Ya no hay una única

¹ En el sentido en que entienden el término Arthur C. Danto, Ernest H. Gombrich y Frank R. Ankersmit.

historia sino que las historias son múltiples y conforman algo así como un conjunto de representaciones elaboradas y patrocinadas por diversos intereses. Por eso, se puede afirmar que vivimos en un momento histórico caracterizado por la pluralidad de visiones sobre el pasado. Pongo un ejemplo muy conocido. Graham Allison, en su estudio sobre la crisis de los misiles en Cuba, subraya un hecho muy curioso: demuestra que, según sea la óptica del investigador, así serán sus resultados, así será su representación del pasado (Allison, 1999). Demuestra que, dependiendo del modelo explicativo que se utilice, así será su interpretación de los hechos del pasado². Por otro lado, el estudio del pasado requiere investigación y trabajo de archivo pero no hay que olvidar que es necesariamente una actividad constructiva y autorreflexiva e incluye (aunque se niegue) lo que LaCapra denomina *aspectos vitales de la comprensión histórica*: De alguna forma, como dice Raimundo Cuesta, el historiador tiene que intentar “mantener las distancias pero sin esconder los afectos” (Cuesta, 2013, p. 1).

Esta es la función emancipadora de la crítica postmoderna, que pretende explicitar y demoler las relaciones de poder tanto en la disciplina historiográfica como en la sociedad *historizada* que la sustenta. En este sentido, los ensayos de Martin Davies y de Sande Cohen (Davies, 2006 y Cohen, 1993) ocupan un lugar privilegiado por varias razones: por la audacia de sus propuestas, por la profundidad de sus argumentos y por la amplitud de sus análisis sobre la saturación histórica de ciertas sociedades contemporáneas. Por cierto, la obra de ambos autores mantiene conexiones con la filosofía, con la crítica cultural y con la historia intelectual.

En 1998, Peter Novick publicó *That Noble Dream*, un amplio estudio sobre la profesión histórica en los EE.UU. y su programa objetivista. Al final del libro, en un capítulo titulado “There was no King in Israel”, Novick

afirma lo siguiente: a comienzos de la década de los setenta del siglo XX se desencadenó una importante crisis en la profesión (Novik, 2005, pp. 573 y ss.; también Harlan, 1997, pp. 66 y 81). De hecho, se produjo el descubrimiento de nuevos y “*neglected realms of experience*”, así como lo que Edward Le Roy ha denominado una “diseminación del conocimiento” (Le Roy, 1992, p. 96). Como ha explicado Herman Paul (2012), la crisis sirvió para estimular los debates historiográficos más que para obstaculizarlos, lo que debería ayudarnos a comprender el componente interpretativo básico de la historiografía.

En todo caso, otra de las consecuencias importantes de esta crisis fue que comenzó a surgir la idea de que cada historiador y de que cada pueblo o comunidad podrían contar su propio pasado (Scott, 1991, p. 776 y Harlan, 1997, p. 81). De hecho, comenzó también a aparecer la idea de que contar la historia propia no solamente es una posibilidad sino también un derecho. Así, a la sobreproducción y a la fragmentación de la historiografía de la época, se le añadió su expansión a nuevos territorios³. Entre estos nuevos territorios estaba el creciente interés por nuevos objetos (la historia de las mujeres y de las clases bajas, la historia de los pueblos subalternos y de los habitantes de las ex colonias europeas, etc.) y por nuevos sujetos (esas mismas mujeres, esas mismas clases bajas, esos mismos pueblos subalternos, etc.). Este movimiento de expansión en la disciplina se debe a la especial relación de la narración historiográfica con la construcción y con la divulgación de las identidades, personales y colectivas, especialmente la identidad nacional (vid. Joyce, 1994, p. 154).

Por otro lado, este fenómeno demuestra con claridad que la historia no ha sido una actividad desinteresada, como ha subrayado Keith Jenkins. La historia no se ha hecho nunca por el simple interés del conocimiento histórico o, como les gustaba decir a mu-

² Actualizado en 1999 a la luz de recientes documentos desclasificados por el gobierno norteamericano.

³ Como escribe Chris Lorenz, “class, gender, ethnicity, and race were mobilized successively and successfully in order to undermine the academic historians’ claim to ‘objectivity’” (Lorenz, 2010, p. 69).

chos historiadores, *for its own sake*, sino que, al contrario, siempre hay un *interés detrás*, siempre se escribe con la intención de condicionar alguna visión del pasado que pueda servir para entender el presente desde un determinado punto de vista o para proyectar alguna acción en el futuro inmediato (Jenkins, 2006, p. 12), es decir, siempre hay algún ingrediente ideológico en nuestras representaciones del pasado.

Por eso es muy interesante constatar la existencia de algunas corrientes historiográficas que se han empeñado en desentrañar los diversos mecanismos ideológicos y de dominación con los que, muchas veces de manera inconsciente, funcionan nuestras representaciones historiográficas. Este sería el caso, por ejemplo, de algunas corrientes de los *Cultural Studies*, los *Subaltern Studies*, los estudios feministas o el postcolonialismo.

A finales de los setenta del siglo XX, Sven Lindqvist propuso la siguiente máxima: "escarba donde estés" (*Dig where You Stand*). Esta máxima aparecía en un artículo que se hizo famoso por proponer una metodología historiográfica específica, basada en muchos tipos de fuentes, con la intención de que cada comunidad de trabajadores pudiera escribir su propia historia⁴. Sin embargo, Dipesh Chakrabarty, en *Al margen de Europa*, ha subrayado que la historia se considera, fundamentalmente, un producto académico, un discurso elaborado en el ámbito institucional universitario, con sus respectivas connotaciones eurocéntricas, capitalistas, liberales y, como consecuencia de todo ello, con impulsos universalistas y dominadores. Sin embargo, vivimos en un mundo postcolonial porque tenemos que tratar con los efectos de la descolonización, con las culturas subdesarrolladas y con las enormes diferencias culturales e identitarias. Además, Chakrabarty sugiere la necesidad de introducir en este tipo de historia académica y eurocéntrica, otras categorías y otros pensamientos teóricos, tal y como se puede derivar de otras prácticas sociales y culturales, así como de

otras fuentes documentales. Las categorías y estrategias del proyecto historiográfico europeo son inadecuadas (aunque relativamente indispensables) para explicar e interpretar otros proyectos de modernidad no europea. Sin embargo, el autor no propone una especie de venganza poscolonial sino un debate con el pensamiento europeo, lo cual implica una suerte de renovación historiográfica subalterna, desde y para los márgenes de la modernidad europea, un proyecto que se asienta en una crítica del historicismo. Como ideología del progreso, Chakrabarty afirma que el historicismo fue un movimiento intelectual que posibilitó la dominación colonial, económica e intelectual del mundo, por parte de Europa, durante el siglo XIX. De ahí la propuesta de "provincializar", de descenrar, esa figura imaginaria que denominamos Europa, porque todo pensamiento se vincula con los lugares donde se produce, con *sus* lugares y con sus prejuicios. Y es que la historia europea ya no se considera la encarnación de algo así como una suerte de historia de la humanidad. De hecho, la tesis de Chakrabarty no puede ser más explícita: "las denominadas ideas universales que los pensadores europeos produjeron durante el periodo que va desde el Renacimiento hasta la Ilustración y que, desde entonces, han influenciado los proyectos de modernidad y modernización en todo el mundo, nunca pueden ser conceptos completamente universales y puros" (Chakrabarty, 2008, pp.19-20).

Algunas características de los experimentos historiográficos postmodernos

A la luz de un nutrido conjunto de experimentos historiográficos postmodernos podemos presentar algunas reflexiones finales. Si el pasado es un fenómeno complejo, y desorganizado, la posibilidad de que el historiador elabore una representación

⁴ Vid. Lindqvist (1979). Passerini (1996, p. 67) se hace eco de este movimiento.

objetiva y neutral es relativa. En *Certezas absolutas*, Simon Schama insiste en que siempre se encuentran disponibles varios relatos alternativos, varias narraciones del mismo hecho histórico, con pretensiones equivalentes de credibilidad y verosimilitud. Todo ello es similar a lo que había realizado Jonathan Spence en su relato sobre el viaje del jesuita Jean-Francois Foucqueta a Europa, en *The Question of Hu* (1988). Spence mezcla investigación documental con ficción literaria en una obra historiográfica cuyas características más reconocidas son su elaborada estructura, su elegante estilo y la problematización que hace de las fronteras entre narración y análisis histórico.

Por su parte, el trabajo que James Goodman despliega en *Stories of Scottsboro* pone el acento en la conveniencia de explicitar e, incluso, de subrayar los distintos puntos de vista que han existido en el pasado y, por tanto, la importancia de darles voz en nuestras representaciones. Un ejemplo señero de esta actitud sería *Alabi's World*, que es una auténtica narración multivocal, caleidoscópica. Se estructura en torno a cuatro voces fundamentales, incluida la del historiador (Richard Price), que se postula y reconoce como mediador. Cada una de estas voces está individualizada con caracteres y tipografías especiales, lo que acentúa la naturaleza constructiva y artificial del experimento. A diferentes puntos de vista del pasado les corresponden, en la historiografía postmoderna, diferentes puntos de vista en nuestras representaciones. En esta estrategia se unen tanto el reconocimiento de la complejidad como la empatía por intentar *dejar hablar* al pasado. Por su parte, el objetivo de la estructura narrativa de *Historia de los bombardeos*, de Sven Lindqvist, consiste en mostrar que, tanto al escribir historia como al leerla, disponemos de muchos caminos posibles a través del caos del pasado, un caos que no tiene por qué ser obviado. En *1926. Viviendo al borde del tiempo*, de Hans Gumbrecht, está organizado en 51 entradas, las cuales, a su vez, están agrupadas en tres secciones, con la intención de facilitar, como el libro de Lindqvist, rutas individuales de lectura, no plenamente condicionadas. Esta libertad creativa a la hora de organizar el

resultado de nuestras investigaciones sobre el pasado ayuda a consolidar la idea de que cualquier orden dado a un conjunto de fenómenos o de hechos del pasado transforma, precisamente, a estos hechos en un acontecimiento *para* el historiador (y, consecuentemente, *para* el lector), por utilizar la distinción de Hayden White. Y los acontecimientos no son sino hechos bajo una descripción, una descripción que sigue una mirada, la del historiador, y, por tanto, en principio, es tan arbitraria o adecuada como cualquier otra.

La historiografía postmoderna subraya la presencia del historiador en nuestras representaciones del pasado, algo que ya había puesto en práctica uno de los experimentos historiográficos pioneros, *Mirror in the Shrine* (Rosenstone, 1988, p. XI). Así, la historiografía postmoderna hace destacar, en particular, la voz del historiador, su posición y su actividad en la elaboración de la historia. De hecho, el historiador ya no se esconde detrás de una forma académica y despersonalizada de escribir sobre el pasado. A su vez, esta presencia implica el reconocimiento de la autoría y, con ella, de la responsabilidad del creador acerca de lo representado (lo que incluye y lo que no; lo que considera importante y lo que trata como secundario). Pero también, y por extensión, reduce sus prerrogativas de objetividad sobre el pasado, con lo que se potencia la autonomía crítica del lector en re-representar el pasado a través de su propia y personal lectura. Por último, resaltan la inevitable naturaleza constructiva, narrativa y, a la postre, interpretativa (es decir, no científica, es decir, no irrefutable) de nuestras representaciones sobre el pasado. La ausencia de páginas, la reducción extraordinaria en la citación de las fuentes consultadas o en el uso de las notas a pie de página tienden, por su parte, a explicitar la naturaleza ficcional de nuestras representaciones sobre el pasado y, por extensión, ayudan a deshacer el corporativismo profesional, que tantas veces se ha atrincherado en unas normas editoriales convencionales y poco prácticas. Al fin y al cabo, salvo un puñado de profesionales ¿quiénes se toman la molestia de comprobar las fuentes consultadas y las notas a pie de página de los libros

de historia? Aunque es verdad que las fuentes han de usarse con responsabilidad y que nuestras representaciones sobre el pasado deben rendirse *a la fuerza* de la evidencia y deben ser respetuosas con las fuentes, la inmensa mayoría de las discusiones y debates historiográficos no giran en torno a los datos, sino a las interpretaciones que proporcionan los historiadores sobre esos datos.

Así, reducir el peso de la autoridad académica es uno de los objetivos de la historiografía postmoderna. Y ello se lleva a cabo con la intención de fomentar lectores más activos y críticos. Que el historiador intente transmitir sus ideas, sus prejuicios y sus técnicas representativas no puede sino ser alabado como una muestra de la autoconsciencia profesional así como un ejercicio de responsabilidad. En todo caso, el historiador utiliza todo un arsenal de nuevas técnicas para hacerse presente, para explicitarse y para desvelarse en su obra y, en última instancia, para relativizar sus conquistas interpretativas sin renunciar a ofrecer *cierto conocimiento* sobre el pasado. Entre las nuevas formas y técnicas utilizadas se incluyen, entre otras, el uso de la primera y de la segunda persona del singular (tanto del historiador como de los "sujetos" históricos), el abandono de un "nosotros" mayestático e irresponsable, el uso de tiempos verbales presentes, la utilización de *flash-backs* o *flash-forwards*, etc. Algunas de estas posibilidades también estaban presentes en una obra precursora que ya hemos mencionado, *Mirror in the Shrine* (Rosenstone, 1988, p. XII).

Por otro lado, abordar la capacidad de la memoria para dar cuenta del pasado, tanto en su vertiente individual como en la colectiva, es un aspecto progresivamente valorado por la historiografía postmoderna, que trabaja fascinada por lo marginal, por lo reprimido y por lo olvidado. Las obras de Luisa Passerini (1996), de Paul Fussell (2006) y de Art Spiegelman (2005) trazan una línea de continuidad entre la memoria individual, las memorias colectivas y la propia historiografía, algo que habitualmente es rechazado por la historiografía tradicional, obsesionada con las fuentes archivísticas. Como resaltan Dominick LaCapra (2006) y Robert Rosenstone (1998), el estudio del pasado

requiere investigación en los archivos y con los testimonios pero no hay que olvidar que es una actividad constructiva, autorreflexiva, interpretativa, e incluye, además, lo que LaCapra denomina *aspectos vitales de la comprensión histórica*, como la implicación profesional, los prejuicios, la empatía, el intercambio dialógico con el pasado, etc. Todos estos son los aspectos de la labor historiográfica que los autores postmodernos han intentado subrayar a través de sus propuestas teóricas y, también (y especialmente), a través de los experimentos historiográficos postmodernos que hemos mencionado en este texto (y, en todo caso, a través de otros muchos más que no hemos tenido tiempo ni espacio para analizar).

REFERENCIAS

- ALLISON, G y ZELIKOV, P. (1999). *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*. New York: Longman.
- BERKHOFER, R. (1998). Self-Reflections on Beyond the Great Story: The Ambivalent Author as Ironic Interlocutor. *American Quarterly*, 50 (2), 365-375.
- BOLAÑOS DE MIGUEL, A. M. (2010). Experimentos historiográficos postmodernos. *Revista de historiografía*, 13 (2), 100-114.
- CHAKRABARTY, D. (2008). *Al margen de Europa. ¿Estamos ante el final del predominio cultural europeo?* Barcelona: Tusquets.
- COHEN, S. (1993). *Academia and the Luster of Capital*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- CUESTA, R. (2013). La enseñanza de la historia en la obra de Julio Aróstegui, o el valor educativo de la historia del presente. *Homenaje a Julio Aróstegui*. Organizado por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea de la Universidad de Salamanca.
- DAVIES, M. L. (2006). *Historics. Why history dominates contemporary society?* Abingdon y New York: Routledge.
- DENING, G. (1994). *Mr Bligh's Bad Language. Passion, Power and Theatre on the Bounty*. Cambridge: Cambridge University Press.

- DONNELLY, M. y NORTON, C. (2011). *Doing History*. Abingdon y New York: Routledge.
- FUSSELL, P. (2006) *La Gran Guerra y la memoria moderna*. Madrid: Turner.
- GOODMAN, J. (1994). *Stories of Scottsboro*. New York: Pantheon Press.
- GUMBRECHT, H. U. (2004). *En 1926. Viviendo al borde del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana.
- HARLAN, D. (1997). *The Degradation of American History*. Chicago: University of Chicago Press.
- JENKINS, K. (2006). *¿Por qué la historia? Ética y postmodernidad*. México: FCE.
- JOYCE, P. (1994). *Democratic Subjects. The Self and the Social in Nineteenth-Century England*. Cambridge: Press Syndicate of the University of Cambridge.
- LACAPRA, D. (2006). *Historia en Tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. México: FCE.
- LE ROY, E. (1992). *Higher Education as a Moral Enterprise*. Washington: Georgetown University Press.
- LINDQVIST, S. (1979). Dig Where You Stand. *Oral History*, 7, 26-30.
- LINDQVIST, S. (2002). *Historia de los bombardeos*. Barcelona: Turner.
- LORENZ, Ch. (2010). Unstuck in Time. Or: the Sudden Presence of the Past. En: Tilmans, K., Van Vree, F. y Winter, J. *Performing the Past. Memory, History, and Identity in Modern Europe*. Amsterdam: Amsterdam University Press, pp. 67-102.
- NOVICK, P. (2005). *That Noble Dream. The 'Objectivity Question' and the American Historical Profession*. New York: Cambridge University Press.
- PASSERINI, L. (1996). *Autobiography of a Generation. Italy, 1968*. Hanover: Wesleyan University Press.
- PAUL, H. (2012). Everything is Tottering: Why Philosophy of History Thrives in Times of Crisis. *BMGN-Low Countries Historical Review*, 127 (4), 103-112.
- PRICE, R. (1990). *Alabi's World*. Baltimore y London: The Johns Hopkins University Press.
- ROSENSTONE, R. A. (1988). *Mirror in the Shrine: American Encounters With Meiji Japan*. Cambridge: Harvard University Press.
- SCHAMA, S. (1993). *Certezas absolutas. Especulaciones sin garantía*. Barcelona: Anagrama.
- SCOTT, J. (1991). The Evidence of Experience. *Critical Inquiry*, 17, 773-797.
- SPENCE, J. D. (1988). *The Question of Hu*. New York: Vintage Books.
- SPIEGELMAN, A. (2005). *Maus*. Barcelona: Mondadori.
- WHITE, H. (1999). *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*. Baltimore y London: The Johns Hopkins University Press.
- WHITE, H. (2001). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: FCE.
- WHITE, H. (1990). *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore: The John Hopkins University Press.